

CAPITULO VII.

EL DUQUE DE ALBA EN FLANDES.

SUPPLICIOS.

1567.—1568.

Aconsejan todos al rey que vaya á Flandes.—Lo ofrece muchas veces y muy solemnemente, y no lo realiza.—Disgusto de la princesa gobernadora por la ida del duque de Alba.—Situacion de los Países Bajos á la salida del duque de España.—Rebeliones que habia habido.—Alzamientos de ciudades: Tournay, Valenciennes, Amberes, Maëstrich, Bois-le-Duc, Utrech, Amsterdam, Groninga.—Nobles conjurados: nobles adictos al rey.—Enérgico y heroico comportamiento de la princesa de Parma para sofocar la revolucion.—Va sujetando las ciudades rebeldes de Henao, Brabante, Holanda y Frisia.—Castigos.—Restablece la paz.—Nuevo juramento que exige á los nobles.—Quiénes se negaron á prestarle.—El príncipe de Orange se retira á Alemania.—Desconcierto y fuga de los rebeldes.—Castigo de hereges y restablecimiento del culto católico.—Paz de que gozaba Flandes cuando emprendió su marcha el duque de Alba.—Llega á Bruselas.—Su entrevista con la princesa Margarita.—Resiéntese la gobernadora de los amplios poderes de que iba investido el de Alba, y hace vivas instancias al rey para que la releve del gobierno.—Instituye el de Alba el *Consejo de los Tumultos, ó Tribunal de la Sangre*.—Engañoso artificio que empleó para prender á los condes de Egmont y de Horn y otros personajes flamencos.—Los encierra en el castillo de Gante.—Sensacion de ter-

rór en el pueblo.—Admite el rey la renuncia de la gobernadora.—Pesadumbre de los flamencos por la marcha de la princesa Margarita: sus últimos consejos.—El duque de Alba gobernador de Flandes.—Gobierno sanguinario del duque de Alba confesado por él mismo.—Suplicios.—Espíritu del pueblo y del tribunal contrario á su sistema.—Invasion de rebeldes en los Países Bajos.—Derrota de españoles en Frisia.—Sentencia del duque de Alba contra el príncipe de Orange.—Sentencia contra los condes de Egmont y de Horn.—Son decapitados en la plaza de Bruselas.—Sentimiento ó indignacion general.—Síntomas de futura venganza.—Miserable suerte de la virtuosa condesa de Egmont.—Notable correspondencia entre el duque de Alba y Felipe II. sobre este asunto.—Tiránicas medidas del duque de Alba en Flandes reveladas por él mismo.

Lo que la princesa Margarita gobernadora de Flandes, pedia incesantemente al rey Felipe II. su hermano, lo que le suplicaba mas de un año hacia en todas sus cartas con el mayor ahineo y empeño, era que pasase en persona á los Países Bajos, como único medio para aplacar aquellas turbulencias. Lo mismo le rogaban todos los nobles flamencos que se le conservaban adictos y trabajaban por el mantenimiento de su autoridad y de la religion católica. Otro tanto le aconsejaba desde Roma el cardenal Granvela. En el propio sentido escribian todos los personajes que mantenian correspondencia con su secretario Gonzalo Perez, y despues con Antonio Perez, su hijo y sucesor en aquel cargo. El pontífice Pio V., que habia sucedido á Pio IV. en enero de 1566, le exhortaba igualmente, ya por cartas, ya por medio de su embajador en Madrid, á que se apresurara á sosegar

con su presencia los pueblos sublevados, diciéndole que si lo difería, ó lo encomendaba á alguno de sus ministros. «Flandes perdería la religion, y el rey perdería á Flandes.»

Todos recordaban, y los que mas confianza tenían con el rey le traían á la memoria el ejemplo de su padre Carlos V., que para sosegar el motin de una sola ciudad flamenca, ~~ante~~, no habia vacilado en partir rápidamente de Madrid, aventurando su persona hasta ponerla en manos de su gran rival Francisco I. pasando por Francia para llegar mas brevemente.

Mas de un año hacia tambien que Felipe II. contestaba á todos anunciando su resolucion de marchar á los Países Bajos, dejando unas veces entrever esperanzas, y asegurando otras en términos esplicitos la proximidad de su viage⁽¹⁾. Sin embargo, tanta dilacion en verificarle pudo inspirar á algunos cierta desconfianza en las reales promesas, y ver en ellas una política de entretenimiento. Mas todos estos recelos, cualquiera que los abrigara, parece debieron quedar desvanecidos al ver al rey afirmar solemnemente en las Cortes de Castilla, que siendo como era tan necesaria y urgente su presencia en los estados de Flandes, no podia menos de dejar tempo-

(1) Correspondencia de Felipe II., tom. I de los publicados por Gachard.—Colección de documentos inéditos, tom. IV.—Herrera, Cabrera, Estrada, Bentivoglio, Mendoza, en sus Historias, *Passim*.

ralmente sus reinos de España, y tenia determinado partir á la mayor brevedad á aquel país⁽¹⁾. Por espacio de muchos meses continuó todavía despues dando las mismas seguridades. Y sin embargo, no solamente no verificó entonces su espedicion, sino que no llegó á realizarla nunca.

Si la presencia de Felipe II. era tan útil y tan necesaria para sosegar las alteraciones de Flandes como unánimemente lo daban á entender todas las personas de mas autoridad y mas conocedoras del espíritu de aquellos países y de la índole de su rebelion, difícil es salvar al monarca español del cargo de no haber ejecutado lo que todos le pedían ó aconsejaban, y lo que á todos constantemente prometía. Porque las razones que algunos historiadores alegan para salvarle de la falta de cumplimiento de tantas palabras empeñadas y de la responsabilidad de los sucesos que despues sobrevinieron, á saber, «que se traslucian ya en España algunos principios de la rebelion de los moriscos, y que abrigaba en su pecho disgustos y desconfianzas de su hijo el príncipe don Carlos,» no nos parecen bastante poderosas para dejar de aplicar el remedio tan universalmente aconsejado á un mal que iba tan directamente contra la religion, y á que no era agena la conservacion ó la pérdida de un rico estado.

(1) Cuadernos de Cortes de la Historia: Cortes de 1567. Petición 1.^a Biblioteca de la Real Academia de

En su lugar determinó, como hemos visto, enviar con ejército al duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, de cuyo nombramiento comenzó pronto á mostrarse disgustada y sentida la princesa de Parma, gobernadora de los Países Bajos, previendo lo que con él iba á rebajarse su autoridad, y así lo manifestaba sin rebozo al rey. La elección del duque de Alba, personage conocido por la severidad de su carácter y por sus tendencias al rigor y á la crueldad, representaba ya bien á los ojos de todos el sistema que Felipe II. proponía seguir para con los disidentes de Flandes. Y no era en verdad este el que tenían por mas conveniente y acertado los mas prudentes de sus consejeros, aun los enemigos mas declarados de los flameneos sediciosos. El mismo cardinal Granvela, tan aborrecido en Flandes, tan resentido de los próceres que le habian lanzado de aquellas provincias, el que habia trabajado mas á riesgo de su persona por establecer en ellas el rigorismo inquisitorial, el consejero privado de Felipe y de Margarita, no cesaba de exhortar al rey á que usara mas de clemencia que de severidad ⁽¹⁾.

(1) «De lá cual (de la clemencia) es muy necesario que V. M. use, y que antes dexé sin castigo muchos, que dar castigo y pena á los buenos que no lo merecen, antes galardón.» Carta de Granvela al rey, de Roma, á 15 de abril de 1567.—Arch. de Simancas, Estado, leg. 904.

Es por consecuencia inexacto

lo que dice Watson (Historia de Felipe II. lib. VIII.), que el cardinal Granvela esponia al rey que nunca fuera menos á propósito la clemencia, y que si prontamente no se castigaba la insolencia y presuncion de los flamencos no tardarian en disputarle el derecho de mandarlos, etc.

La salida del duque de Alba de España se difirió hasta principios de mayo (1567). Veamos lo que en este intermedio habia acontecido en Flandes, y cuál era la situacion de aquellos países para poder juzgar de la oportunidad ó inconveniencia de la ida del duque en aquella ocasion.

A consecuencia de haber revocado la gobernadora el edicto de agosto de 1566, que permitia la libre predicacion á los reformistas ó protestantes, con tal que lo hiciesen sin tumulto ni escándalo y soltasen las armas, exacerbáronse de nuevo los de la liga, estrecharon su confederacion y sublevaron abiertamente varias ciudades, demas de las que estaban ya levantadas, y en que dominaban tumultuariamente los adversarios de los católicos. Eran las principales de aquellas Tournay y Valenciennes en el Henao; Amberes, Maestrich y Bois-le-Duc ⁽¹⁾ en Brabant; Utrech y Amsterdam en Holanda; y Groninga en la Frisia. Sobresalia como el mas activo y el mas audáz caudillo de los sublevados Enrique de Brederode, señor de Vianen, que quiso presentar á la princesa regente un nuevo memorial de los confederados, y Margarita le prohibió llegar á Bruselas. El principe de Orange, que hasta entonces habia seguido una conducta incierta, sin acabar de declararse ni por los católicos ni por los hereges, se puso ya manifiesta-

(1) La que nuestros historiadores llaman Bolduque.

mente del lado de los de la liga, y era temible el de Orange en las provincias de Holanda en que tenia su gobierno, y en la importante ciudad de Amberes, donde los sediciosos le habian varias veces aclamado.

Quedaban, no obstante, todavía en favor del rey y de la regente muchos nobles y magnates flamencos, entre ellos los condes de Arremberg, de Arschot, de Meghem y de Berlaymont, los señores de Noirquermes, de Beauvoir y de La Cressouiniere, y sobre todos el conde de Mansfelt, el mas decidido servidor de la princesa Margarita, y cuya adhesion é importantes servicios no dejaba nunca de recomendar en sus infinitas cartas al rey su hermano, no cansándose de encarecer cuánto le debía en aquellas críticas circunstancias, y cuán digno era de que le dispensara consideracion y mercedes el monarca español. El ilustre conde de Egmont, como mas detenidamente adelante diremos, se habia negado á entrar en la liga, por mas que le invitaron sus mayores amigos, y entre ellos el de Orange, y se mantenia fiel á la regente y á la causa católica, limitándose á ofrecer que haria deponer las armas á los sublevados con tal que se le asegurara que en soltándolas habrian de obtener perdón general.

Resuelta la princesa á hacer observar su último decreto contra los hereges; sin caer de ánimo con tantas rebeliones y alzamientos de ciudades; sin que

la arredrara verse sin otras tropas que las escasas guarniciones ordinarias, algunos centenares de infantes walones para la guarda de su persona, y muy pocos arcabuceros de á caballo; sin que la intimidaran los auxilios que los rebeldes aguardaban de los principes luteranos de Alemania, propuso en consejo levantar gente de guerra para combatir fuertemente la revolucion, y contra el dictamen de los mas, que temerosos de poner las cosas de mayor peligro le aconsejaban lo suspendiese por lo menos hasta que fuese el de Alba, procedió con heróica resolucion á reclutar gente en el país y á alzar banderas en la alta y baja Alemania, y á formar coronelias y á nombrar y designar los gefes que habian de mandarlas, que fueron los mismos próceres flamencos de su adhesion que arriba hemos mencionado. Consultado el Consejo, se acordó dirigirse primeramente contra Tournay, por ser menos fuerte, para marchar despues sobre Valenciennes. Partió, pues, de Bruselas el conde de Noirquermes, á quien se encomendó esta operacion. El intrépido flamenco, llevando consigo ocho banderas de infantería walona y sobre trescientos hombres de armas, se encaminó primeramente y con admirable rapidez hácia Lille, donde supo se hallaban reunidos mas de cuatro mil calvinistas, gente de la tierra, con ánimo de entrar en Valenciennes, y atacándolos repentinamente, los arrolló y deshizo, degollando cerca de dos mil, despues de lo cual, re-

volvió sobre Tournay, entró en el castillo, y á poco tiempo se le rindió la ciudad.

De allí, dejando presos á los autores de la rebelion, desarmado el pueblo, y encomendado el gobierno de la ciudad al conde de Roeux, en reemplazo del barón de Montigny que se hallaba en España, marchó sobre Valenciennes. Esta era plaza mas fuerte, y de mas tiempo rebeldada. Necesitó, pues, el de Noirquermes cercarla formalmente y emplear contra ella la artillería. Un así, y estando batiéndola, saquearon los rebeldes é incendiaron los monasterios contiguos. Creyó oportuno la gobernadora despachar al conde de Egmont y al duque de Arschot para que exhortasen á los sublevados á ceder de su pertinacia y les aconsejaran rendirse. Desoidas é infructuosas fueron las exhortaciones de los dos magnates; en su vista, el de Noirquermes hizo jugar todas las baterías en las cuales hubo hasta veinte cañones gruesos, que vomitaron mas de tres mil tiros contra las murallas, y destrozadas estas, se rindió la ciudad á discrecion. Era el Domingo de Ramos, y entró el vencedor como en triunfo en la plaza. Encarceló, como en Tournay, á los motores y cabezas de la sedicion, removió todas las autoridades, abolió los privilegios, restituyó á los templos el culto católico, remuneró á sus soldados con los bienes confiscados á los culpables, y dejada la correspondiente guarnicion, se dirigió á Bravante á combatir á Maestrich.

En este tiempo, y con la noticia de que el rey se prevenia para ir á Flandes enviando delante al duque de Alba, discurrió la princesa comprometer mas á los nobles, exigiéndoles el juramento de que ayudarían al rey contra qualquiera que en nombre de S. M. fuesen asignados. Juraron sin dificultad el duque de Arschot, y los condes de Mansfeldt, Egmont, Meghem y Berlaymont. Negáronse á prestar el juramento Enrique de Brede, y los condes de Horn y de Hoogstrat, á quienes costó perder sus gobiernos. No hubo manera de hacer jurar al príncipe de Orange, por mas recursos y amenazas que la gobernadora empleó á intento de persuadirle y convencerle. De entre las muchas razones que el príncipe alegaba para resistirse al nuevo juramento, no dudaba nadie que era la principal su antipatía al duque de Alba, de cuyo carácter tétrico, adusto y vengativo lo temia todo, hasta el que en fuerza de aquel juramento quisiera obligarle á entregar al suplicio á su muger, que era luterana. Y no dejándose vencer ni de persuasiones ni de ruegos, determinó retirarse con su familia á sus estados de Nassau en Alemania. Cuéntase que antes de partir, viendo que no lograba persuadir á Egmont á que huyese como él la nube de sangre que sobre todos amenazaba descargar, fiando aquél en los servicios hechos á Felipe y en la clemencia del soberano, le dijo estas fatídicas palabras, que muy en breve tuvieron una triste realizacion: «Esa

clemencia del rey que tanto engrandeceis, oh Egmont, os ha de perder. ¡Ojalá mis pronósticos salgan fallidos! Vos sereis el puente que pisarán los españoles para pasar á Flandes.»

La resolución del de Orange, junto con la defecion del de Egmont, desalentó á los de la liga, y los unos, como el conde de Coulemburg, abandonaron á Flandes; los otros, como el de Hoogstrat y el de Horn, prometian á la gobernadora jurar en su presencia; Luis de Nassau creia prudente seguir al príncipe su hermano, y todos los confederados se desbandaban, quedando Brederode, el mas tenaz y el mas osado de todos, para resistir á los embates de una lucha desesperada.

Noticiosos en tanto los de Maestricht de la rendicion de Valenciennes y de la proximidad del de Noirquermes con veinte y una banderas y diez piezas de batir, despacharon una embajada á la gobernadora implorando su perdon y prometiendo someterse á la obediencia del rey. Sin embargo, el autor principal de la rebelion fué colgado por orden de Noirquermes en la plaza pública. Quedó con el gobierno de la ciudad el conde de Berlaymont, y el victorioso general prosiguió á juntarse con el de Meghem la vía de Holanda. Atemorizados los de Bois-le-Duc con los triunfos de las armas reales, despues de varias embajadas acabaron por ponerse en manos de la gobernadora sin condiciones, y Margarita difirió su perdon ó

castigo hasta la ida del rey, en que todos seguian creyendo. Amberes, el gran núcleo de los reformistas flamencos y alemanes, despues de desecha por el señor de Beauvoir una masa de millares de hereges en una aldea á orilla del Escalda, y muerto en la plaza de la ciudad el señor de Tolosa, que hacía de cabeza del tumultuado pueblo protestante, se redujo tambien á la obediencia de la gobernadora, lanzando de su seno la turba de ministros y predicadores de la heregía. La princesa regente dió tanta importancia á la rendicion de esta ciudad, que despues de enviar delante al conde de Mansfeldt, el nombre de su mayor confianza, para que tomara posesion de ella en su nombre, pasó ella misma á Amberes, donde entró con gran pompa, rodeada de magistrados, consejeros, gobernadores de provincias y caballeros del Toison de oro. Dedicóse á reparar los templos destruidos, á restablecer el culto católico, á dar orden en el gobierno político de la ciudad, á hacer pesquisa de los principales perturbadores, y á recoger las armas de manos de los del pueblo.

Alli vinieron á hablarla embajadores de los príncipes protestantes de Alemania, á saber, los de Sajonia, Brandeburgo, Wittemberg, Baden y Hesse, los cuales, ya que no habian dado á sus correligionarios flamencos el socorro material de tropas que de ellos esperaban, iban á pedir que no se prohibiera el libre ejercicio de su religion á los que profesaban

la Confesion de Augsburgo, ni menos se les aplicaran las demas leyes de España. Fuerte y aun áspera fué la respuesta de Margarita, diciéndoles entre otras cosas, «que dejasen al rey gobernar sus reinos, y no fomentasen disturbios en provincias ajenas, haciéndose abogados de hombres turbulentos.» Con cuya desabrida contestacion se volvieron disimulando mal su enojo.

De la misma manera que el Henao y Bravante se fueron sometiendo a Holanda y la Frisia. El conde de Meghem destruyó con trece compañías mas de cuatro mil rebeldes holandeses, teniendo que fugarse por mar los que habian quedado. Incorporados ya Meghem y Noirquermes, lanzaron de Amsterdam á Brederode, el mas contumaz de los confederados, que fugado primeramente á la Frisia Oriental, y refugiado despues en Westfalia, murió allá mas adelante, acaso menos de enfermedad que de frenética desesperacion. Amsterdam, Leyden, Harlem Delft y otras ciudades de Holanda recibieron á las tropas reales. Middelburg y demas poblaciones de Zelanda reconocieron la autoridad de la gobernadora. Toda la Frisia, inclusa Groninga, se sometió al gobernador conde de Aremberg. Finalmente, no quedó en los Estados de Flandes provincia, ciudad, villa, aldea, ni castillo que no se sujetara, de bueno ó de mal grado, á la princesa regente ⁽¹⁾.

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Década I., lib. VI.—Mendo-

Increible parecería, á no persuadirlo la incontrastable elocuencia de los hechos, que en el espacio de pocos meses se hubiera sosegado una tan general alteracion, reemplazándola una pacificacion tan general: testimonio grande de la prudencia y de los esfuerzos de la princesa Margarita, y del prestigio que sin duda habia alcanzado su nombre en el país. Ocupóse la de Parma en guarnecer las ciudades rebeldes, haciéndoles mantener á su costa la milicia, en levantar ó proyectar fortalezas que las sujetaran, señalando ya el sitio en que habia de erigirse la ciudadela que habia de tener en respeto á la turbulenta Amberes; en hacer pesquisa y castigo de los motores de las revueltas y de los violadores de las sagradas imágenes; en reedificar los templos católicos destruidos y en demoler algunos levantados por los luteranos. La plebe, feroz por lo comun, cualquiera que sea el principio que aclame, al derruir los templos luteranos, de las mismas vigas que derribaba construia horcas para colgar de ellas á los enemigos del culto católico. Con estas terribles escenas y con el pavor que infundia la próxima llegada del duque de Alba con los españoles, multitud de flamencos emigraban á otras tierras llevándose consigo su industria, sus mercancías y sus capitales.

za, Comentarios, lib. I.—Bentivoglio, Guerra de Flandes, libro III.—Cabrera, Historia de Felipe II. lib. VII. y VIII.—Gachard, Correspondencia de Felipe II. tomo I.—Colección de documentos inéditos, tom. IV.

Tal era la situación de los Países Bajos cuando el duque de Alba salió de Madrid para Aranjuez (15 de abril, 1567) á despedirse del rey Felipe II. para emprender su jornada á Flandes, como capitán general del ejército de España. Dióle Felipe una real cédula concediéndole facultad para proceder contra los caballeros del Toison de oro que hubieran sido autores ó cómplices de la rebelión, no obstante los privilegios que les daban las constituciones de su orden⁽¹⁾. Con lo cual partió de Aranjuez para embarcarse en Cartagena.

¿Era ya necesaria la ida del duque de Alba á Flandes con ejército? ¿Era prudente?

La gobernadora, que á costa de tantos esfuerzos acababa de pacificar como milagrosamente el país, le decía al rey: «Para conservar lo que se ha conseguido, y aun para que esto marche en bonanza, bastará la presencia de V. M. Pero un ejército nuevo para un país que acaba de someterse, sobre un excesivo coste para España y para Flandes, hará que estos pueblos le miren como una calamidad, como un azote san-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

Los caballeros de la orden del Toison en los Países Bajos, eran catorce á saber:

El conde de Egmont.
El de Mansfeldt.
El de Aremborg.
El de Arschot.

El de Berlaymont.
El de Meghem.
El de Horn.
El marqués de Berghes.
El príncipe de Orange.
El conde de Ostfrise.
El señor de Archcourt.
El baron de Montigny.
El conde de Ligne.
El de Hoogstrat.

griente para su castigo, y todos querrán abandonar esta tierra, porque al solo rumor de su venida muchos se han apresurado á marcharse con sus familias, sus fábricas y sus mercaderías. Así pues, os ruego encarecidamente que vengais á estas provincias sin armas, y mas como padre que como rey.» Representábase además que el duque de Alba, naturalmente activo y severo, podría desbaratar todo lo que ella á fuerza de trabajo y de prudencia habia logrado.

Quejábanse al rey de que sus ordenes le ataban las manos para acabar de extinguir las llamas de los pasados disturbios. Pronosticaba que la autoridad que allí iba á ejercer el duque redundaría en mengua y detrimento de la suya, y de su crédito y reputación; y previendo todo esto, suplicaba á su hermano Felipe tuviera á bien permitirle dejar un país donde tanto habia trabajado, y donde habia perdido su salud, y retirarse á gozar del reposo de que tanto necesitaba⁽¹⁾. Viglio, el presidente del senado, y el conde de Mansfeldt, los dos mas decididos campeones de la causa del rey y del catolicismo en Flandes, ambos escribían á Felipe y á los del Consejo de estado pronosticando mal de la ida del duque de Alba y aconsejando al monarca que usara de clemencia con los vencidos⁽²⁾.

(1) Diferentes cartas de la princesa Margarita al rey. Archivo de Simancas, Estado, leg. 536.

(2) Tomo II. de documentos publicados para servir de suplemento á la Historia de Estrada.